

ex candidato demócrata a la nominación para la Casa Blanca, Gary Hart, que afirmó: «Poca esperanza para la paz y no reconoce que el enemigo de Centroamérica es la pobreza y no el comunismo».

El senador Edward Kennedy ha comentado ampliamente el Informe acusándolo de dejarse llevar por el síndrome de la prepotencia militar, olvidar las lecciones de pasadas intervenciones militares y que sus planteamientos básicos son erróneos.

El Informe tuvo contestación dentro del propio grupo, siendo quizá el alcalde de San Antonio, Texas, Henry G. Cisneros, el más crítico afirmando que «algunos puntos fundamentales del Informe requieren la expresión de un criterio alternativo» (página 182) ⁶.

En síntesis el Informe, a pesar de que en el diagnóstico reconoce que el origen de los problemas está en causas de índole social y económico, en la poca credibilidad de la democracia, hasta ahora, está inserto en la política exterior de Reagan que busca el enfrentamiento con la Unión Soviética, y por extensión con Cuba y Nicaragua, sus peones en la zona. Por ello las soluciones políticas, diplomáticas o puramente sociales se dejan como segundo plato, después de que hayan triunfado las soluciones militares; por ello los planes económico-sociales serán aplicados «cuando sea apropiado».

Se ignora totalmente la causa-efecto de la intervención norteamericana como una de las causales del desequilibrio de la región, ya que la influencia ejercida por los Estados Unidos en la zona ha sido determinante para la prepotencia que ha adquirido la oligar-

quía en la zona, siendo su protegida hasta las últimas causas. El ejemplo más notorio sería el jugado por los Somoza durante más de cincuenta años.

El pensar que la solución económica de Centroamérica pasa por una asistencia financiera de más de 24.000 millones de dólares dice bien a las claras que las estructuras, con fomento del sector privado, seguirán intocables e intocadas. El Informe, tristemente, sirve para justificar e incrementar la política y la presencia militar de los Estados Unidos en el área. No deja espacio real de actuación a la Comisión Contadora; usa un doble lenguaje ofreciendo una «cara» de «diálogo», pero realmente mantiene la actitud contraria a la retórica. Entre mezcla sombras y luces para confundir a la opinión progresista norteamericana e impedir un análisis riguroso para el gran público norteamericano, tocando aspectos que en la opinión pública del país son muy sensibles, como son la amenaza exterior de los Estados Unidos y la pérdida de prestigio ante el avance comunista. Arrincona las buenas voluntades de los amplios sectores democráticos del FDR y los involucra en unas categorías políticas a las que ellos no pertenecen y que no son más que juegos mentales para confundir más a los sectores de Estados Unidos que están en contra de la intervención y la participación militar de ese país. El Informe es un trabajo intelectual para eliminar la presión interna contra la política militarista de la administración actual norteamericana, ignora todas las propuestas de pacificación y solución presentados por el FDR-FMLN en los últimos cuatro años.

Con este Informe, la actual prepotencia política de Rea-

gan en su país, cabe esperar malos vientos y peores tormentas para los pueblos de Centroamérica, ya que el Informe Kissinger en absoluto ha sabido ser el barco que llevara a buen puerto la solución de la nave pacificadora centroamericana.

¹ *América Central y el Informe Kissinger*. Centro de Investigación y Acción Social, CINAS. Cuaderno de Trabajo, n.º 1. Ap. P. 11-589. CP-06100. México, D. F. Pág. 3.

² Holland, S. y Anderson, Donald, *Kissinger's Kingdom*. Bertrand Russell House, Gamble Street, Nottingham. NOT. 4ET. 1984.

³ Informe... *Op. cit.* Ed. Planeta, págs. 60 y ss.

⁴ Informe... *Op. cit.* Ed. Planeta, pág. 64.

⁵ Informe... *Op. cit.* Ed. Planeta, pág. 182.

LA LOGICA DE LA SINRAZON

Miguel Porta Perales

Régis Debray
Crítica de la razón política
Ed. Cátedra. Madrid, 1983.

Régis Debray no es un nombre desconocido para el lector español. En efecto, Debray —compañero del *Che* y, a finales de los sesenta y principios de los setenta, considerado como prototipo del intelectual revolucionario— tiene editados en castellano varios trabajos que tratan sobre dos de los temas que más le han interesado: la revolución en

latinoamérica y la crítica del reformismo. *Conversaciones con Allende* (Siglo XXI, 1971), *Escritos en la prisión* (Siglo XXI, 1972), *La crítica de las armas* (dos volúmenes, Siglo XXI, 1975) y la novela *El indeseable* (Monte Avila, 1977) versan sobre la realidad y los problemas de la revolución en Latinoamérica, sobre la teoría del «foquismo», sobre la relación entre lucha armada y lucha política, etc.; por su parte, la *Carta a los comunistas* (Bruguera, 1978) es una crítica del reformismo en general y del eurocomunismo en particular. La *Crítica de la razón política* es la última obra del autor galo que ahora se nos ofrece en traducción castellana; obra que ha tenido un largo período de gestación de casi quince años de duración, que empieza con el «recogimiento» del autor en las prisiones latinoamericanas y termina a la sombra del gobierno socialista francés.

La *Crítica de la razón política* trata, como dice el autor, «del estudio de las condiciones de organización y funcionamiento de los grupos humanos estables». Concretando un poco más hay que decir que Debray se propone el estudio de lo que él piensa que es un invariante (aunque quizá relativo): las relaciones sociales de dominación. Relaciones de dominación que, hay que aclarar, son distintas de las relaciones sociales de explotación. Para Debray las relaciones políticas (de dominación) no sólo no pueden explicarse por sí mismas, sino que tampoco —y ahí reside una de las novedades del libro— se explican por las condiciones materiales de existencia. Así, pues, la política (o, si se quiere, lo político) no puede reducirse «ni de cerca ni de lejos», como piensa el marxismo, a proyección de la base

económica (ni siquiera remitiéndose a la mítica «última instancia»). Las estructuras políticas no son la «economía concentrada» (Lenin), sino que son estructuras que se imponen a las sociedades independientemente del modo de producción y del grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Es más, afirma Debray, llegado el caso las estructuras políticas se imponen a las sociedades a pesar de ellas y, a veces, contra ellas. La experiencia del llamado «socialismo real» —con sus relaciones de dominación explícitamente prohibidas por la teoría y contrarias a la lógica marxista— no haría otra cosa, afirma Debray, sino demostrar que en la «raíz del hecho social como tal existe una fuerza incontralada, aparentemente irracional, que hace fracasar las normas de la lógica y los deseos de los programas».

Al igual que la conciencia de los individuos viene determinada por su existencia social, los grupos humanos organizados, dirá Debray, tienen un determinante «inconsciente político», cuyos síntomas más flagrantes son las religiones y sus sucedáneos ideológicos, que aparece como práctica organizativa (las propias religiones e ideologías no tendrían un carácter predominantemente simbólico o representativo, sino que serían más bien formas de organizarse dentro del mundo). Ahora bien, los esquemas de organización de los grupos humanos son, se nos afirma, innatos y a lo que parece inalterables. Tal es así que, para el autor francés, a pesar de que cada época reinventa la política, ésta sigue siendo siempre la misma; a lo sumo los individuos tienen la libertad de elegir el sentido y la longitud de recorrido de este círculo siempre idéntico que es la política.

Debray propone —otra de las novedades del libro— una teoría de la organización inspirada en el teorema de Gödel: no hay sistema organizado sin cierre, y ningún sistema puede cerrarse con la sola ayuda de los elementos intrínsecos al sistema. Cerrar el sistema supone abrirse a un elemento extraño e irracional al y dentro del propio sistema. Concretando un poco más diremos que la «incompletud» del sistema social da lugar a que éste, para cerrarse, se abra a una realidad metasocial: la religión y/o ideología. Si bien Dios no existe, dirá Debray, nosotros estamos políticamente condenados a una existencia colectiva de esencia teológica (alienada). Es más, para nuestro entorno el «secreto» de los hechos humanos no hay que buscarlo ni en la economía política ni en una nueva economía de lo político, sino que tal secreto es inhumano, sobrenatural y teológico. Dando un paso más Debray afirma que es racional que exista lo irracional ya que, de lo contrario, no existirían los grupos sociales o serían pulverizados. No puede haber, pues, sociedad sin religión (o ideología) y la coherencia y la racionalidad del sistema (la lógica de la sinrazón) proviene del poder irracional que necesita el propio sistema para racionalizarse.

El corolario de la incompletud es claro: la emancipación es irrealizable pues el hombre no puede organizarse socialmente sin que su organización se separe de él y se le oponga. Esta «ley de la gravedad política» hace que el hombre no pueda ser sujeto de la historia sin haberse sometido antes a una «ley de organización que excluye el principio de una soberanía» y que conduce al «estado de avasallamiento» del sujeto individual.

Varios son los méritos del libro (un libro eminentemente filosófico, hay que decirlo) de Debray, entre los cuales cabe destacar los siguientes: las interesantes reflexiones sobre la ideología que nuestro autor considera como una realidad (sin comillas) dotada de fuerza material, autónoma, legitimadora, eficaz, necesaria para la existencia de agregados humanos, etc.; las consideraciones sobre el «socialismo real» (que transforma su ideología, de marcado carácter religioso, en una peligrosa irreligión dogmática de dominación); la constatación de la existencia de auténticas «teodiceas sociales» encarnadas en las más variadas formas de sacrosantos Mediadores (faraones, presidentes, secretarios generales, etc.) que se encargan de relacionar la religión con la realidad terrenal; las consideraciones sobre la efectiva diferencia que hay entre las relaciones de dominación (políticas, religiosas, ideológicas, etc.) y las relaciones de explotación (de carácter económico); la sugerente posibilidad de encontrar una teoría política marxista (algo que se ha buscado con insistencia) en la crítica de la religión que Marx lleva a cabo en la *Cuestión Judía*; la virtualidad de una crítica de la razón política como instrumento para «cortar el impulso», «frustrar el deseo» y dar «razones del desear» de las falsas razones del esperar que prometen las religiones o ideologías políticas (que vienen a ser una y la misma cosa).

Sin embargo, son también varios los puntos problemáticos del trabajo de Debray, entre los que cabe citar: la sustitución de la mítica «última instancia» marxista por el concepto, no menos mítico, de «inconsciente político» (que, por lo demás, actúa

también en «última instancia»); el peligro que corre su teoría de la incompletud y del cierre/apertura de transformarse en una metafísica (y no de las mejores); la más que discutible existencia de «invariantes» y de «leyes de la gravedad política» que condenan al hombre al papel de vasallo y hacen irrealizable la emancipación; la creencia en la imposibilidad lógica de la eliminación de lo arbitrario en un conjunto social estructurado y, en fin, la concepción de la política (o lo político) como un círculo cerrado y vicioso en el que sólo es posible la eterna repetición. Que el que fuera considerado como paradigma del intelectual revolucionario llegue a tales cotas de pesimismo es todo un síntoma y da qué pensar. Quizá sea el signo de los tiempos difíciles que corren.

FRAGMENTACION DEL HEROE Y DEL LENGUAJE

A. Bodeguero Sánchez

Joao Ubaldo Ribeiro.

Sargento Getúlio.

Alfaguara.

Madrid, 1984.

Traducción de Mario Merlino.

Dos líneas se entrecruzan en esta novela de Joao Ubaldo Ribeiro: la del mundo inmediato del protagonista, Getúlio, mundo hecho de mezquindades y carencias, y la de su propia capacidad imagina-

tiva, que lo lleva a inventar una descendencia sin mujeres, o un ejército de superhéroes. Esas dos líneas coexisten en tensión y, a menudo, en franco desequilibrio, pues el Sargento Getúlio es signo de una fractura y, si se quiere, de una imposibilidad. Allí reside el fondo trágico de una historia que se nutre del vigor de la propia habla del personaje, un nordestino que conduce a un preso, en-cumplimiento-de-su-deber. La ironía trágica es la de un «mandado», al servicio de un cacique de turno, que no puede asimilar los dobles de la Gran Política. ¿Cuál podrá ser —se pregunta Ribeiro a través de su personaje— la reacción de alguien a quien sólo le cabe el heroísmo de cumplir la orden que le ha dado el jefe?

Sargento Getúlio se sitúa históricamente en el momento de las elecciones brasileñas de octubre de 1950, en las que se postulaban Cristiano Machado (del PSD, Partido Social Democrático), Getúlio Vargas (del PTB, Partido Trabalhista Brasileiro) y el brigadier Eduardo Gomes (de la UDN, Unión Democrática Nacional). Por razones de conveniencia y de alianzas electorales, Acrisio Antunes, del PSD, se vuelve atrás en su decisión de hacer detener al líder udenista de Ribeirópolis (en la novela, éste es el preso que conduce Getúlio). Pero, más allá de las circunstancias históricas que dan el contorno de la novela, lo que importa es destacar el camino de la disolución del propio personaje, que se rebela y muere (en realidad la obra es el avance desde/en su propia muerte) ante la quiebra de los valores que habían sostenido su condición de Héroe-Macho.

Lejos de lo estereotípico, Ribeiro no narra esa disolu-